

muy alto, dejando descubierta la nuca y la línea de los hombros, que se adivinaban ser de un tono más vivo que el del rostro, de una claridad de ambar ardiente y suave.

Ella comprendía, y con razón, que ningún otro traje valía tanto como aquel desabillé que acentuaba el aire sencillo de niña, que el rey prefería tanto en ella; pero esto la obligó á desayunarse en su gabinete, porque no podía bajar al comedor en aquel traje. Había montado su casa bajo un pie serio, y allí no aparecía la fantasía, el aspecto bohemio de Courbevoie. Después de almorzar se instaló en su gabinete, que un varandah indio prolongaba sobre la avenida, y se puso á esperar al rey tranquilamente sentada, rosada por el reflejo de los transparentes, como antiguamente en la ventana del Hotel Family. Christian no llegaba nunca antes de las dos; pero, á partir de aquel momento, empezó una angustia nueva en aquella naturaleza plácida; la espera, primero estremeciéndose apenas como una arruga en el agua de un tranquilo lago, luego calenturienta, agitada, hirviente. Los carruajes eran muy raros á aquella hora en la tranquila avenida, inundada de sol entre su doble fila de plátanos y de los nuevos hoteles apoyados en las doradas verjas, en los lamparines atravesados por los ródios del parque Monceaux. Al menor movimiento de ruedas, Séfora levantaba el transparente para ver mejor, y al ver engañada su esperanza, se irritaba de aquella lujosa serenidad, de aquella calma provincial.

¿Qué había sucedido? ¿Acaso se marcharía sin verla?

Ella buscaba razones, pretextos; pero cuando se espera, todo espera; el ser entero queda en suspenso, y las ideas flotantes, desmembradas, no se terminan á semejanza de las palabras que se balucean y no salen de los labios. La condesa experimentaba aquel suplicio, y ese hormiguelo al extremo de los dedos donde todos los nervios se tienden y desfallecen. De nuevo alzaba el rosado transparente. Un viento tífico agitaba la ramas de los verdes penachos, y alguna frescura subía de la calle que las

## XII

## Tren de la noche.

«Partimos á las once, estacion de Lyon. Destino desconocido. Probablemente Cette, Niza ó Marsella. Avisad.»

Cuando este billete, escrito de prisa y con lápiz, por Lebeau, llegó á la calle de Mesina, la condesa de Spalato acababa de salir del baño, y fresca, perfumada y ligera, se ocupaba en ir de su alcoba al gabinete, regando, arreglando ella misma sus flores de la jardinera, sus verdes plantas, encerradas sus manos en guantes de Suecia que le llegaban hasta el codo, para aquel paseo á través de su jardín artificial. Apenas se conmovió, reflexionando durante un minuto en la calma de la semi-oscuridad que producían las cerradas persianas, y luego hizo un gesto decidido, un movimiento de hombros que significaba: «¡Bah! quien quiere el fin... Y al momento llamó á su doncella para estar preparada cuando llegase el rey.

—¿Qué se pone la señora?

La señora miró al espejo para pedirle una idea:

—Nada... me quedo como estoy.

Y en efecto, nada podía hacerla más linda que aquella bata de flanela clara con ondulantes pliegues, aquel fichú atado á la espalda, aquellos cabellos negros retorcidos, rizados y peinados

mangas de riego inundaban con bruscos surtidores de agua suspendidos por el paso de los carruajes, ahora más numerosos para el paseo de las cinco en el Bosque. Entonces empezó á asustarse de veras por el abandono del rey; envió dos cartas, una á casa del príncipe de Axel y otra al círculo; luego se vistió, no pudiendo estar hasta la noche en aquel traje de niña que sale del baño, y volvió á empezar su paseo de la alcoba al gabinete, al cuarto tocador, y bien pronto por toda la casa, tratando de engañar su ansiedad por medio de la agitacion.

No era una jaula de cocotte la que habia comprado la Spalato; tampoco una de esas casas macizas y pesadas con que los tratantes millonarios han llenado las nuevas manzanas del Oeste parisien, sino más bien un hotel artista, digno de los nombres de las calles inmediatas, Murillo, Velazquez, Vandiek, y que se distinguia en todo de sus vecinas, desde el coronamiento de la fachada hasta el llamador de la puerta. Edificado por el conde de Potnicki para su querida, una mujer fea á quien pagaba todas las mañanas con un billete de mil francos doblado en cuatro sobre el marmol de la chimenea, aquel maravilloso edificio habia sido vendido en dos millones con todo su mobiliario artistico, á la muerte del rico polaco, que no dejó testamento alguno, y Séfora habia adquirido de un golpe todos aquellos tesoros.

Por la gran escalera de madera esculpida, cuya rampa sostenia una carroza con un tiro, y que da á la belleza grave del arqueado techo un fondo sombrío de cuadro holandés, la condesa Spalato descendiendo á uno de los tres salones del entresuelo; el salon de Saxen, pieza á lo Luis XV, conteniendo una magnífica coleccion de vasos, estatuas, esmalte, de aquel arte frágil del siglo XVIII, que parece amasado por los rosados dedos de las favoritas, y animado por sus picarescas sonrisas el salon de marfil, en donde resaltan colocados en armarios forrados con color de fuego marfiles de la China, llenos de pequeños personajes, de frutos, de pedrerías, de pescados con ojos de esmeralda, y aque-

llos marfiles de la Edad Media, de dolorosas expresiones apasionadas, sobre las que la sangre de cera encarnada de los crucifijos resalta como sobre la palidez de una piel humana; el tercer salon, iluminado á lo taller, tapizado de cuero de Córdoba, espera que el tío Leemans acabe de amueblarlo. Ordinariamente el alma de la poseedora se exalta en medio de todas aquellas lindas cosas, embellecidas aún más por lo barato que costaron; hoy ella va, viene, sin mirar, sin ver, lejos de allí su pensamiento, perdido en irritantes razonamientos... ¡Cómo! ¡Se marcharia así!... ¡Es decir que no la amaba!... ¡A ella, que creia tenerle tan bien sujeto, tan bien envuelto en sus redes!...

El criado volvió. No habia noticias del rey. No se le habia visto en ninguna parte... ¡Era bien Christian! Sintióse débil, huía, se ocultaba... Un acceso de loca cólera puso por un segundo fuera de su calma á aquella mujer que tan bien sabia dominarse. Ella hubiera roto, deshecho todo á su alrededor, sin la costumbre de la venta, que por decirlo así, visiblemente le marcaba el precio que valia cada objeto. Arrojada en una butaca, mientras que el dia cayendo borraba todas aquellas riquezas de ayer, ella las veia huir, alejarse de ella con sus sueños de una colosal fortuna. La puerta se abrió con violencia.

—«¡La señora condesa está servida!»

Era preciso sentarse sola á la mesa, en el majestuoso comedor entapizado en sus ocho entrepaños con grandes retratos de Rrantz Hals, estimados en ochocientos mil francos, severos, nobles, tiesos y solemnes, con sus golillas almidonadas, ménos solemnes, sí, que el maestre-sala con su corbata blanca, que trincha sobre el aparador los platos que sirven dos galopines vestidos de nankin. La ironía de este pomposo servicio, en contraste con el abandono que amenaza á madame Spalato, le oprime el corazon de despecho; se diría que los criados hacen por exagerar su ceremonioso desden mientras ella come, esperando que concluya, inmóviles y graves como ayudantes de fotógrafo despues de haber fijado al cliente delante del objetivo. Poco á

poco, sin embargo, la bella abandonada toma fuerzas y vuelve á su verdadera naturaleza... No se dejará abandonar así... No es que ella se interese por el rey. Pero el negocio, la gran jugada, todos sus amores propios se hallan en juego frente á sus asociados... ¡Eal ya está formado su plan... Sube á su cuarto y escribe dos letras á Tom; luego, mientras los criados comen y charlan sobre el día tan solitario y tan agitado de su ama, la señora condesa prepara con sus propias manos, nada torpes, una maleta de viaje, que ha hecho muchas veces el trayecto desde la agencia á Courbevoie, arroja sobre sus hombros una manta de sarga de lana por causa del frío, y sale furtivamente de su palacio hácia el primer puesto de carruajes, á pié, con su maleta en la mano, como una institutriz que ha recibido su licencia.

Christian II, por su parte, no había pasado el día ménos inquieto. Habiéndose quedado en el baile con la reina hasta bastante tarde, se había despertado con la cabeza y el corazón llenos del heróico murmullo de las guzlas. Los preparativos de viaje, visitar sus armas, así como el uniforme de teniente general, que no había vestido desde Ragusa, todo esto le ocupó hasta las once, seguido, vigilado por Lebeau, muy perplejo y sin atreverse á llevar muy lejos sus insinuantes cuestiones. A las once, la pequeña córte se reunía en palacio para oír una misa rezada dicha por el padre Alfeo, en el salón transformado en oratorio, sirviendo de altar la chimenea, con los lambrequines de terciopelo, cubiertos con una sábana bordada. Faltaban los Rosen; el padre continuaba en el lecho, y la princesa había ido á acompañar hasta la estación á Herberto, que partía con algunos jóvenes. Hezeta debía seguirles en el siguiente tren, y toda la tropa esparcirse de la misma manera durante el día para no despertar sospechas. Aquella misa secreta, que recordaba tiempos de revueltas, la cabeza exaltada del fraile, la energía militar de sus gestos y de su voz, olian á incienso y pólvora; era la ceremonia religiosa solemnizada por la batalla próxima.

El desayuno fué algo triste, aunque el rey puso cierta coquetería en no dejar á su alrededor más que agradables recuerdos, aunque afectase con la reina una respetuosa actitud de ternura que se estrellaba contra la frialdad desconfiada de Federica. La mirada del niño no les abandonaba un momento, porque la horrible escena de la otra noche estaba impresa en su jóven memoria y le dejaba intuiciones nerviosas superiores á su edad. La marquesa de Silvis lanzaba anticipados suspiros de despedida. Respecto á Eliseo, á quien había vuelto la confianza, no podía contener su alegría, pensando en aquella contra-revolucion por el pueblo que él había soñado tan largo tiempo, en aquella conmocion popular forzando las puertas de un palacio para hacer entrar un rey en él. Segun pensaba, el éxito era seguro. Christian no tenía la misma seguridad; pero fuera de aquella incomodidad propia de la partida, en que parece se presenta de repente la soledad, ese alejamiento prematuro de los objetos y seres que rodean á uno, no tenía ninguna siniestra aprension, antes más bien sentia cierto alivio á su falsísima situacion, rodeado como estaba de plazos amenazadores, y obligaciones de honor. En caso de victoria, la lista civil todo lo saldaria. La derrota, por el contrario, produciría un hundimiento general... la muerte... una bala en la frente... El pensaba en esto como en una solucion definitiva á las penas de dinero y de corazón; y su indiferencia no hacía mala figura entre las preocupaciones de la reina y el entusiasmo de Eliseo. Pero mientras que los tres hablaban en el jardín, pasó un criado.

—Dí á Samy que enganche,—ordenó Christian.

Federica se estremeció.

—¿Vas á salir?

—Sí, por prudencia... El baile de anoche debe ocupar la atencion de París... Es preciso que me deje ver... en el círculo, en el boulevard... ¡Oh! volveré á comer.

Y de un salto subió la escalinata alegre y contento como un chicuelo que sale de la escuela.

—¡Tendré miedo hasta el fin!—dijo la reina.

Meraut, pensando lo mismo que ella, no halló palabras para animarla.

El rey, sin embargo, había tomado una firme resolución. Durante la misa había jurado de no volver á ver á Séfora, conociendo que si ella quisiese detenerle, si le anudase sólidamente sus brazos al cuello, no tendría fuerzas para abandonarla. Con la mejor fe del mundo se hizo conducir al círculo, donde encontró algunos calvos absortos en silenciosas partidas de whist, y majestuosos dormilones alrededor de la mesa de lectura. Todo estaba muerto y desierto, porque la noche anterior se había jugado mucho. Por la mañana, cuando toda la banda salía del círculo, con monseñor el príncipe de Axel á la cabeza, pasaba un tropel de burras de leche, trotando y sonando los campanillos. Monseñor llamó al burrero. Aquellos señores bebieron leche caliente en copas de champagne; luego todos aquellos señores, un poco alegrillos, montando en las burras, á pesar de sus coces y de las protestas del burrero, corrian el más divertido steeple-chase á todo lo largo de la calle de la Paz. Era cosa divertida oír hacer la relacion del hecho á M. Bonceil, gerente del gran Club. «¡No... era tan chocante!... ¡Monseñor sobre una borriquilla, obligado á recoger sus piernas, porque Monseñor tiene las piernas sumamente largas... y con su flema imperturbable! ¡Ah, si S. M. hubiera estado aquí!»

Su Majestad sentía también mucho el haber perdido aquella partida de locos.—¡Qué feliz era el príncipe de Axel!—Reñido con el rey, su tío, arrojado de su país por toda clase de intrigas cortesanas, acaso no reinaria jamás, puesto que el viejo monarca hablaba de casarse con una jóven y de tener una porcion de pequeños presuntivos. Pero nada le importaba de todo esto. Divertirse en París, le parecía mucho más interesante que no politiquiar en su país. Y poco á poco la chacota, el sarcasmo escéptico, tomaban fuerza en Christian, estendido en el diván en que el príncipe real había dejado la marca de su contagiosa livian-

dad. En la atmósfera inactiva del club, todo se le aparecía al jóven rey, el arranque heróico de la vispera y la tentativa de mañana, sin gloria, sin magia, sin grandeza. Positivamente se iba descomponiendo; y para librarse de aquel entorpecimiento, que invadía sus venas como un soporífero veneno, se levantó y bajó al grande aire de los vivos, de los activos, de los que circulaban por el malecon.

Son las tres, hora en que generalmente se dirigia á la avenida de Mesina, despues de haber almorzado en el círculo ó en casa de Mignon. Maquinalmente sus pasos tomaron el camino habitual de aquel París de verano, un poco ménos grande, un poco ménos frecuentado que el otro; pero que compone tan lindas vistas, perspectivas tan aligeradas con su verdura incrustada en las piedras y con sombra del follaje sobre los reflejos del asfalto.

Cuántas lindas mujeres se deslizaban por allí, medio ocultas por sus sombrillas, con su gracia y su seducción espiritual de buen humor. Algunas otras mujeres, ¿sabrán andar como éstas, charlar, vestirse y hacer lo contrario también? ¡Ah, París, París! ¡Ciudad del placer fácil, de las horas cortas! Y decir que para estar más seguro de abandonar todo aquello, iba acaso á hacerse romper la cabeza! ¡Qué bellos momentos, y cuántas voluptuosidades inteligentes y completas!

En el fervor de su reconocimiento, el Slavo tenía una chispa en sus ojos para todas aquellas mujeres que le seducian con un gesto, con un movimiento de sus vestidos de cola de encaje. Mucha distancia había del rey caballero que por la mañana, entre su mujer é hijo, se arrodillaba en su oratorio antes de partir á la conquista de su reino, y aquel perseguidor de mujeres, con la nariz al viento, el sombrero vencedor sobre su pequeña cabeza rizada y redonda, cuyas mejillas enrojecia la fiebre del placer. Federica tenía razon al maldecir aquella levadura de París, y al temerla para aquella cabeza de chorlito, espumosa como ciertos vinos, que es preciso tener siempre encerrados.

En la bifurcacion del boulevard Haussmann y la avenida de Mesina, Christian se detuvo y dejó pasar algunos coches. Fué una llamada á la razon. ¿Cómo habia llegado allí y tan pronto?... El hotel Potnicki destacaba en un ocaso vaporoso sus dos torrecillas de *castel parisien*... ¡Qué tentacion!... ¿Por qué no iria hasta allí; por qué no veria por última vez á una mujer que iba á dejar en su vida la memoria seca, irritante, de un deseo no satisfecho?

Por fin, despues de un terrible debate que duró un minuto, tomó un partido heróico; saltó en un carruaje descubierto, y dió la direccion del club. Jamás hubiera tenido aquel valor sin el juramento hecho á Dios por la mañana durante la misa. Para aquella alma pusilánime de mujer, esto vencía y era superior á todo.

En el club encontró la carta de Séfora, que nada más que con el perfume que exhalaba el papel, le comunicó la fiebre que la abrasaba. El príncipe la entregó tambien la otra misiva, algunas frases precipitadas, imploradoras, con una letra que los libros de Tom jamás habian conocido. Pero Christian II, rodeado de gente, sostenido y mirado por todos, se sentia más fuerte, pues era de aquellos á quienes el público les hace componer cierta actitud. Estrujó las cartas y las guardó en el bolsillo. La bella juventud del club iba llegando aun bajo la impresion de la historia de las burras, contada minuciosamente por un periódico de la mañana. El papel circulaba de mano en mano, y todos al leerlo se reian con aquella risa de vientre de gentes que ya no pueden más.

—¿A dónde vamos á divertirnos esta tarde?—preguntaban aquellos jóvenes caballeros absorbiendo sodas y gaseosas de que el club tenia un gran depósito.

Seducido por la corriente, el rey se dejó ir con ellos á comer el café de Lóndres, no en uno de aquellos salones cuyas colgaduras conocidas habian danzado más de diez veces en su embriaguez, cuyos espejos llevaban sus nombres escritos, cruzados,

revueltos como una escarcha sobre los vidrios, sino en las cuevas, aquellas admirables catacumbas de toneles y botellas alineadas en sus cajas regulares, con etiqueta de porcelana, que se extienden hasta debajo del teatro de la Opera-Cómica.

Todos los vinos de Francia dormian allí. La mesa estaba colocada en el fondo, en la instalacion de preferencia, con sus botellas colocadas en rádios que reflejaban la luz del gas, y sus girandolas de vasos de color. Fué una idea de Wattelet, que quiso señalar con una comida original la partida del rey, conocida únicamente de él solo y de Christian. Pero el efecto quedó destruido por la humedad de las paredes y los techos, que bien pronto penetró á los convidados fatigados de la precedente noche. Cola de Gallina se adormecía y se despertaba sobresaltado. Rigolo hablaba poco, reía ó lo aparentaba, mirando el reloj cada cinco minutos. Acaso pensaría en la reina, á quien aquella tardanza debia tener asustada.

A los postres llegaron algunas mujeres, parroquianas del café de Lóndres, que sabiendo que los príncipes estaban abajo, abandonaron sus mesas, y guiadas por los mozos que llevaban candelabros, se metieron en las cuevas, aliando las colas en el brazo, dando chillidos de ratas asustadas. Casi todas estaban escotadas. Al cabo de cinco minutos, ya tosián, se ponian pálidas y tiritaban sobre las rodillas de aquellos señores, que al ménos estaban abrigados con los cuellos levantados.—¡Vaya una gracia! ¡Hacernos poner enfermas del pecho!—decía una de ellas, ó más friolenta ó ménos calenturienta que las otras. Se decidieron por fin á subir á tomar el café en los salones, y mientras lo hacian, Christian desapareció. Eran ya las nueve. Su cupé le esperaba á la puerta:

—Avenida de Mesina,—dijo por lo bajo con los dientes apretados.

Era una idea que le acometió de repente como un acceso de locura. Durante toda la comida no habia visto más que á ella; á ella, aspirando su posesion sobre aquellas desnudas carnes,

cuyo roce sentía. ¡Oh! ¡Coger aquella mujer en sus brazos, no hacer caso de sus lágrimas, de sus ruegos!

—«La señora ha salido.»

Fué una ducha de agua fría sobre un brasero. «La señora ha salido...» Y no podía dudarle al ver el trastorno de la casa invadida, entregada á los criados, cuyas cintas de color y chalecos de cutí rayado, había visto huir á su llegada. No preguntó nada más; de pronto desapareció su embriaguez, y midió el abismo sin fondo en que estuvo próximo á precipitarse. ¡Perju-ro á Dios!... ¡traidor á la Corona!... Sus abrasados dedos tropézaron con el rosario, que, como hemos dicho, jamás abandonaba. Y mientras el carruaje rodaba hácia San Mandé, por medio de los aspectos fantásticos y nocturnos del bosque, se ocupó en recitar los *Pater* y los *Ave* que pudo.

—¡El rey!—dijo Eliseo que velaba en las ventanas del salón al ver las dos linternas del cupé penetrar en el patio lanzando relámpagos. ¡El rey! Era la primer palabra que se hubiera pronunciado desde la comida. Como por magia, todos los rostros se iluminaron, todas las lenguas se desataron á la vez. La misma reina, á pesar de su aparente calma y de la firmeza de su carácter, no pudo contener un grito de alegría. Todo lo había creído perdido; Christian, detenido en casa de aquella mujer, abandonaría á sus amigos, se deshonraría para siempre. Y no había una persona de las que la rodearon en aquellas tres horas mortales de espera, que no pensase lo mismo, que no se inquietase, hasta el niño Zara, que aún estaba levantado, y que comprendiendo lo angustioso y lo dramático de aquel silencio, sin atreverse á formular una de esas preguntas tan crueles, tan fatídicas, que un niño pronuncia con su clara voz, se había abrigado en las hojas de un gran álbum, de donde salió su linda cabeza de repente al anuncio del rey, bañado su rostro en ardientes lágrimas, que corrían silenciosamente hacia más de una hora. Más tarde, cuando se le interrogó sobre aquella tan marcada pena, confesó que se desesperaba así en el temor de que el rey

se hubiera marchado sin abrazarlo. Alma amante á quien aquel padre jóven, espiritual, sonriente, hacia el efecto de un hermano mayor muy querido pero que disgustaba á su madre.

Christian dió sus órdenes con voz breve y enérgica. Subió á su cuarto, y cinco minutos despues apareció equipado para el viaje: hongo de color oscuro, polainas finas que cubrían la mitad del pié, como un turista de playa en los cuadros de Wattelet. A pesar de su sencillo trage, demostraba la autoridad, el grande aire, la costumbre de figurar noblemente en no importa qué circunstancia. Christian se acercó á la reina y murmuró algunas excusas por su tardanza. Pálida de emoción, ella le dijo por lo bajo:—Si no hubiérais venido, yo me hubiera ido con Zara á ocupar vuestro puesto.

El sabía bien que no mentía; por un minuto la vió con su hijo en los brazos en medio de las balas, como en el balcón de la ventana durante la terrible escena, cerrando el niño sus ojos resignado ante la muerte. Sin responder una palabra, llevó la mano de Federica á sus lábios; luego, con un movimiento impetuoso de juventud, la estrechó entre sus brazos:—¡Perdóname! ¡Perdóname!

La reina hubiera sido capaz de perdonarle; pero vió á la puerta del salón, pronto á partir con su amo, á Lebeau, el criado intrigante, el confidente de sus placeres y de sus traiciones, y al momento la ocurrió una horrible idea, mientras que se desprendía dulcemente de sus brazos:—¿Mentiría acaso?... ¡Si no partiese!... Christian lo adivinó, y volviéndose á Meraut,—Me acompañareis á la estación; Samy os volverá á traer...

Despues, como los momentos eran muy cortos, precipitó los adioses, dijo á cada uno una amable palabra, á Boscovich, á la marquesa, tomó á Zara en sus rodillas, le habló de la expedición que intentaba para reconquistar su reino, exigiéndole no diese jamás motivos de queja á la reina, y si no lo volvía á ver, que pensase que había muerto por la pátria, cumpliendo con su deber de rey. Un discurso á lo Luis XIV, muy mal formulado, y

que el príncipe escuchaba gravemente, aunque un poco desconcertado de la seriedad de aquellas palabras que salían de una boca que siempre había visto sonreír. Pero Christian era el hombre del momento presente, de una movilidad y ligereza excesivas, entregado ahora por completo á su partido, á los azares de la expedición, y más conmovido de lo que quería parecer, se arrojó bien pronto al enternecimiento del minuto. Dijo «Adios, adios,» con la mano á todo el mundo, con una profunda inclinación hácia la reina, y salió.

Verdaderamente, si Eliseo no hubiese visto durante tres años la intimidad del régio matrimonio, turbada por las debilidades, las vergonzosas vilezas de Christian II, no hubiera podido reconocer al Rígolo del Gran Club en aquél príncipe heróico y gallardo que le exponía sus planes, sus proyectos, sus miras políticas, tan sensatas y tan extensas, mientras se dirigían á la estación de Lyon.

La fe realista del preceptor, siempre un poco supersticiosa, veía en aquello la intervención divina, un privilegio de casta, porque el rey debe ser siempre rey en el momento fatal, por la gracia de lo sagrado y de lo hereditario; y sin que se explicase bien por qué, aquel renacimiento de Christian que precedía y presagiaba otro más próximo, le causaba una inquietud inexplicable, unos orgullosos celos, cuyas causas no quería analizar. Mientras que Lebeau se ocupaba en tomar los billetes y facturar el equipaje, ambos se paseaban en la sala de espera, y en la soledad de aquella marcha, de noche, el rey no pudo menos de pensar en Séfora, y en los tiernos viajes acompañándola á la estación de San Lázaro. Bajo la influencia de este recuerdo, le llamó la atención una mujer que pasaba; la misma estatura, el mismo modo de andar, funesto y excitante á la vez.

¡Pobre Christian, pobre rey, á su pesar!

Por fin, sube al wagon, de que Lebeau abre la portezuela, un wagon común, para no atraer sospechas. Se arroja en un extremo, con ganas de concluir, de verse lejos. Por fin, al estri-

dente silbido de la máquina, el tren se mueve, se estira, pasa ruidosamente sobre los puentes, atravesando los suburbios dormidos, sembrados de reberveros en línea, y se lanza en plena campiña. Christian II respira, se siente fuerte, salvado, al abrigo; hasta cantaría si estuviese solo en el wagon. Pero al otro extremo se vé una sombra que en la oscuridad se recoge, se arrinconona, con la visible voluntad de no llamar la atención. Es una mujer. ¿Jóven, vieja, fea ó linda? El rey, cuestión de costumbre, lanza una mirada hácia aquel lado. Nada se mueve, excepto las álas de una pequeña toca que parece sirven para abrigar un niño. «Está durmiendo... hagamos lo mismo.» Y se alarga, se envuelve en una manta, mira vagamente las siluetas de los árboles y arbustos confusos en la sombra, que parecen precipitarse los unos sobre los otros al paso del tren, los postes del telégrafo y nubes corriendo sobre un cielo de azul oscuro; pero apenas empiezan á cerrarse sus párpados, cuando siente sobre su rostro la caricia de una fría cabellera, de unas suaves pestañas, de un aliento de violeta y de dos lábios que murmuraban entre los suyos:

—¡Malol... ¡sin decirme siquiera adios!...

Diez horas despues Christian II se despertaba al estruendo del cañon, á la deslumbrante luz de un bello sol campesino tamizada por murmurantes verdes. Justamente soñaba que subía al frente de sus tropas, y bajo una granizada de metralla, la escarpa que conduce desde el puerto de Ragusa á la ciudadela. Pero se encontraba acostado, inmóvil en el fondo de un gran lecho, removido como un campo de batalla, los ojos pesados, el cerebro entorpecido y dominado por una deliciosa laxitud. ¿Qué había, pues, pasado? Poco á poco fué viendo claro, se iba acordando. Estaba en Fontainebleau, en el hotel del *Faisan*, en frente del bosque cuyas cimas verdes y cerradas se veían subir hasta el cielo; los cañonazos procedían de los ejercicios de la artillería. Y la realidad viva, el lazo de las ideas visibles, Séfora,

sentada ante el eterno escritorio, que ya no se encuentra más que en los hoteles, escribía activamente con una mala pluma que rechinaba.

Ella vió en el espejo la mirada admirativa y agradecida del rey, y respondió sin conmoverse, sin volverse, con un beso de sus ojos y el extremo de su pluma, volviendo en seguida á escribir tranquilamente, con una seráfica sonrisa en el extremo de su boca.

—Un despacho que envió á mi gente para que se tranquilicen,—dijo levantándose,—y entregado el despacho, llevado á su destino, aliviada de su inquietud, abrió la ventana al rubio febo, que entraba á borbotones como el agua de una exclusiva.—«¡Dios mio, qué hermoso día!»—Y se sentó al borde de la cama, al lado de su amante. Reia, estaba loca de placer al hallarse en el campo, de poder correr por el bosque todo aquel brillante día. Tenían tiempo, hasta el tren de la noche que llevaría á Christian al día siguiente; porque Lebeau había continuado su viaje, debiendo prevenir á Heceta y sus ayudantes que el desembarco se atrasaría un día. El enamorado slavo hubiera querido correr las grandes cortinas sobre una dieha que hubiera hecho durar hasta la última hora, hasta el último minuto. Pero las mujeres son más ideales; y en cuanto almorzaron, un landó de alquiler los llevó por los espléndidos paseos, bordeados de cortados céspedes, de árboles en plazoletas que abrían el bosque como un parque de Versailles, antes que las rocas no lo dividieran en sitios magníficos y salvajes. Era la primera vez que salían juntos y Christian saboreaba aquella alegría sincera que hay al siguiente día de la batalla y de la muerte.

Corrían por debajo de inmensos arcos de verdura, formados por las hojas de las hayas, ligeras, inmóviles, atravesadas por un lejano sol, que apenas podía atravesar aquel ramaje de un desarrollo antidiluviano. Bajo aquel abrigo, sin otro horizonte más que el perfil de la mujer amada, sin otro recuerdo, sin otra esperanza, sin otro deseo que sus caricias, se dilataba la

naturaleza poética del slavo.—¡Oh! vivir allí los dos, nada más que los dos, en una casita de guarda, cubierta de musgo y de cáñamo, con todo el lujo interior posible!... El quería saber desde cuando ella le amaba, qué impresión la había causado él la primera vez. El la traducía versos de sus país, ritmados con ligeros besos en el cuello, en los ojos; y ella le escuchaba, fingiendo que lo comprendía, y le respondía con los párpados titilando, adormecidos por las fatigas de una mala noche.

¡Eterno desacuerdo en los *duos* del amor! Christian deseaba pasear por lugares solitarios, inexplorados; Séfora buscaba los afamados rincones, las curiosidades nombradas de la selva en que se encontraban, aguaduchos, tabernillas, tiendas de objetos de madera, piedras que tiemblan, rocas que lloran, árboles heridos del rayo, todo aquel pueblo abrigado en chozas, en cavernas, de donde salen como hormigas en cuanto sienten el ruido de un coche. Ella esperaba huir de aquella manera de la cargante y monótona cantinela de amor, y Christian admiraba su sensible paciencia en escuchar los interminables discursos de aquellas buenas gentes del campo que tienen tiempo y de sobra para todo lo que ellos hacen.

En Franchart, quiso sacar agua del famoso pozo de los antiguos monjes, tan profundo, que el cubo empleaba veinte minutos en subir... ¡Cómo se divertía Christian!... Luego una buena mujer condecorada como un viejo gendarme, les mostró las bellezas del sitio, la antigua laguna en donde se terminaba siempre la caza del ciervo, contando después de tantos años la misma historia en tales términos, que ella se figuraba haber formado parte del convento; y trescientos años después de haber asistido en persona á las suntuosas fiestas campestres del primer imperio. «Aquí es, señora y caballero, donde el gran emperador se sentaba por la noche con toda su corte,» y enseñaba un banco rústico de tres ó cuatro asientos. Luego añadía con tono altanero: «Allí enfrente la emperatriz con sus damas de honor.» Era siniestra la evocación de las pompas imperiales, en medio

de ásperas rocas, plantadas de torcidos árboles y secos matorrales.—«¿No venís, Séfora?...»—decía Christian; pero Séfora miraba una esplanada á donde, segun la *cicerone*, traían al pequeño rey de Roma que desde lejos, llevado por su aya, tendía sus bracitos á sus augustos padres. Esta vision del príncipe niño, recordaba al rey de Iliria su pequeño Zara. Se le aparecía en el árido paisaje, sostenido por Federica y mirándole con sus grandes y tristes ojos como para preguntarle qué hacia allí. Pero fué un recuerdo que pronto se desvaneció, y continuaron su paseo bajo encinas de todas magnitudes, citas de cacerías de gloriosos nombres, huecos de verdes valles, cornisas que dominaban circos de hundimientos de granito, areneros cuya roja tierra labraban los pinos con sus fuertes y salientes raíces.

Despues seguían una negra avenida, de sombra impenetrable, con húmedas zanjas. A cada lado, filas de troncos como pilares de catedral, formando naves silenciosas, en que se percibía el paso del corzo y hasta la caída de una hoja desprendida al acaso. Una inmensa tristeza caía de aquellas alturas, de aquel ramaje sin pájaros, sonoro y vacío como una casa desierta. Christian, siempre enamorado, á medida que el dia adelantaba, iba cubriendo su pasion con una nota de melancolía y de duelo. Contó que antes de partir habia hecho testamento, y la emocion que le habian causado aquellas palabras de ultra-tumba, escritas en plena vida.

—Sí... eso es muy fastidioso,—dijo Séfora, como quien piensa en otra cosa. Pero él se creía tan amado, y estaba tan habituado á serlo, que no hacia caso de aquellas distracciones. Antes más bien la consolaba anticipadamente para en caso de una desgracia, trazándole un plan de existencia; era preciso vender el hotel y retirarse al campo, donde ella viviria con sus recuerdos. Todo aquello era adorablemente fátuo, tonto y sincero; por que él sentía en su corazon una tristeza de despedida que tomaba por presentimientos de muerte. Y aun más, con sus manos entrelazadas, la hablaba de la vida futura. El llevaba al cue-

llo un escapulario de la Virgen, que jamás se quitaba; y sólo lo hizo aquel dia para regalárselo á Séfora... Ya veis que esta no podia ser más feliz.

Bien pronto un campamento de artillería, cuyas tiendas se entreveía por entre las ramas, los ligeros humos, los caballos entravados para la noche, dió un diferente curso á las ideas del rey. Las idas y venidas de los uniformes, los trabajos, toda aquella actividad al aire libre en la luz del crepúsculo, aquel aspecto reconfortante del soldado en campaña, despertaban sus instintos de raza nómada y guerrera. El carruaje, rodando por el verde césped de la inmensa avenida, hacia levantar la cabeza á los soldados ocupados en la instalacion de las tiendas y en la confeccion del rancho; se rien al ver pasar al paisano con su Cuya, y Christian hubiera querido hablarles, arengarles, extendiendo sus miradas hasta la extremidad del campamento. Sonaba un clarín, y otros le contestaban á diferentes distancias. Delante de la tienda de un jefe, colocada sobre un terraplen, se encabritaba un magnífico corcel árabe, de anchas narices, crin al viento, relinchando al oír el toque guerrero. Los ojos del slavo lanzaban chispas. ¡Ah, qué bella vida le esperaba dentro de pocos dias, qué buenas estocadas pensaba dar! Pero ¡qué lástima que Lebeau se hubiese llevado su equipaje! ¡Cuánto hubiera dado por que ella le viese con su uniforme de capitán general! Y exaltándose, se representaba puertas de ciudades forzadas, á los republicanos en derrota, su entrada triunfal en Leibach por medio de calles empavesadas. Ella también estaria allí, ¡vive Dios! La instalaría en un palacio á las puertas de la ciudad. Continuarían viéndose tan libremente como en París. A tan bellos proyectos, Séfora apenas contestaba. Sin duda hubiera preferido guardarle para ella, para ella sola; y Christian la admiraba por su silenciosa abnegacion, que la colocaba perfectamente en su rango de querida del rey.

¡Ah! Cuánto la amaba, y qué pronto pasó aquella soirée en el hotel del Faisan, en su cámara roja, con las cortinas caídas,

que impedian llegar hasta ellos el ruido de las conversaciones delante de las puertas, y de los paseantes que se dispersaron al sonar la retreta los tambores y clarines. ¡Cuántos besos, cuántas locuras, cuántos juramentos apasionados iban á reunirse á los besos y juramentos de la noche precedente en la banalidad de las cortinas! Suavemente abrazados, estrechados el uno contra el otro, escuchaban los fuertes latidos de sus corazones, mientras que el viento agitaba sus cortinas despues de haber murmurado en los árboles, y un surtidor susurraba como en un patio árabe en medio del jardinillo del hotel, donde solo brillaba roja y temblorosa la lámpara del portal.

La una. Es preciso partir. Christian temia aquel último minuto, creyendo que tendria que luchar contra ruegos y caricias, y que debería apelar á todo su valor. Pero Séfora estaba dispuesta antes y quiso acompañarlo hasta la estacion, ménos cuidadosa de su amor que del honor de su real amante... ¡Si él hubiera podido oír el «Uf» que lanzó la cruel, cuando quedándose en la vía, vió perderse serpenteando los dos ojos verdes del tren; si él hubiera podido saber cuán feliz se encontraba de concluir su noche sola en el hotel, mientras que sacudida por los balances del ómnibus sobre el empedrado de Fontainebleau, ella se decia con tono tranquilo y puro de toda emocion amorosa: «Con tal que Tom haya hecho lo necesario!...»

Ciertamente que lo necesario estaba hecho; porque á la llegada del tren á Marsella, Christian II, al bajar del wagon con su maletilla en la mano, se sorprendió al ver una gorra con galones de plata acercársele y rogarle muy políticamente que tuviese la bondad de entrar un momento en su oficina.

—¿Para qué? ¿Quién sois?—preguntó en alta voz.

La gorra se nombró:

—Comisario de vigilancia.

En la oficina, Christian encontró al prefecto de Marsella, antiguo periodista, con barba rubia y rostro vivo y espiritual.

—Tengo el sentimiento de anunciar á V. M. que su viaje se

detiene aquí,—dijo este último con tono de esquisito respeto.—**Mi** Gobierno no puede permitir que un príncipe á quien la Francia dá hospitalidad, se aproveche de ella para conspirar y armarse contra una nacion amiga.

El rey quiso protestar. Pero los menores detalles de la expedicion eran conocidos del prefecto.

—Debais embarcaros en Marsella; vuestros compañeros en Cette sobre un vapor de Jersey... El lugar de desembarque era la playa de Gravosa; la señal dos cohetes, uno tirado á bordo y otro en tierra... Ya veis que estamos bien enterados, y lo mismo pasa en Ragusa; creed que os evito caer en una emboscada.

Christian II aterrado, se preguntaba quién habia podido entregar así proyectos conocidos de él sólo, de la reina, de Hezeta y de otra de quien estaba bien lejos de sospechar. El prefecto sonreía.

—Vamos, monseñor, es preciso que tomeis vuestro partido... Es un negocio que fracasó... Otra vez sereis más feliz, y más prudente tambien. Ahora suplico á V. M. que acepte hospedaje en la prefectura. En cualquiera otra parte sería objeto de impertinente curiosidad... Todo Marsella está enterada del suceso...

Christian no respondió por el pronto. Contemplaba aquella pequeña pieza de administracion, ocupada por un sillón verde, por cajas de carton verde, chimenea de hierro, grandes mapas indicadores de las líneas férreas, rincon miserable y vulgar en que naufragan sueños heroicos y los últimos ecos de la marcha de Rodovitz. Era como un viajero en globo, salido para visitar las más elevadas alturas, y que baja casi en el mismo punto sobre una choza de aldeanos, y el pobre aereostato desinflado cual un paquete de tela engomada, arrojado en una miserable cnadra.

Sin embargo aceptó la invitacion y encontró en casa del prefecto un interior verdaderamente parisien, y una mujer encantadora, excelente música, que, terminada la comida, despues de hablar un rato y de pasar revista á los sucesos del dia, se sentó al piano y se puso á hojear las piezas mas recientes. Tenía

una linda voz, cantaba agradablemente, y poco á poco Christian se fué acercando á ella, y habló de música y de ópera. Los «*Ecos de Iliria*» estaban tambien en el atril entre *La reina de Saba* y la *Linda perfumista*. La prefecta pidió al rey que la indicase el movimiento, el colorido de los cantos de su país. Christian II cantó algunos aires populares: «*Bellos ojos de azul de cielo:*»—y tambien, «*Niñas que me escucháis al trenzar vuestros cabellos...*»

Y mientras que apoyado en el piano, pálido, seductor, tomaba entonaciones y posiciones melancolicas de desterrado, allá abajo, sobre la mar Iliria, cuyos ecos cantaban las olas de espumosas cimas y los rios bordeados de cactus, una hermosa y entusiasta juventud, que Lebeau se habia olvidado de avisar, cinglabá alegremente hácia la muerte, al grito de «¡Viva Christian II!»

## XIII

## En capilla.

«Mi querida amiga: acaban de conducirnos á la ciudadela de Ragusa, á Hezeta y á mí, despues de una sesion de diez horas en el teatro circo, en donde se habia constituido el consejo de guerra encargado de juzgarnos. Por unanimidad hemos sido condenados á muerte.

Puedo decir que prefiero esto. Al ménos ahora sabemos á qué atenernos, y no estamos incomunicados. Leo tus queridas cartas y puedo escribirte. Este silencio me ahogaba. No sabia nada de tí, de mi padre, del rey, á quien creíamos muerto, víctima de alguna emboscada. Felizmente S. M. no ha sufrido más que un fracaso y la pérdida de algunos leales servidores. Podia habernos sucedido mucho peor.

Los periódicos han debido deciros cómo han pasado las cosas. No habiendo llegado á nosotros la contraórden del rey, nos encontrábamos entre siete y ocho de la noche á sotavento de las islas, en el lugar de la cita. Hezeta y yo en el puente, los otros en las cámaras, todos armados, equipados, con tu linda escarpela en el sombrero. Estuvimos bordeando dos, tres horas. Nada á la vista, excepto barcas de pesca ó las grandes chalupas que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO